

LOS CIEN DIAS DE NIXON

Cien días después de su llegada al poder, Nixon está perplejo, indeciso... ¿Qué le ocurre al presidente? En Washington se asegura que su transformación no es fingida, sino que se debe al psicoanálisis. Nixon sería así el primer gobernante del mundo tratado por un psicoanalista.



La cifra mágica de los «cien días» del presidente Nixon en el poder se ha cumplido. La «luna de miel» se acaba. «Cien días» y «luna de miel» son términos clásicos en el vocabulario político de los Estados Unidos. Es el plazo teórico que se concede al llegado al poder para establecer las líneas nuevas de política, señalar los cambios, comenzar la práctica de su programa. La tradición de los «cien días» se estableció brillantemente con los de Roosevelt, en 1933, y en realidad ningún presidente posterior ha igualado aquel período fulgurante. Pero en esos primeros cien días el presidente debe establecer su «imagen». Cuando se acaba la «luna de miel», la oposición, y en general los organismos legislativos, comienzan verdaderamente su dialéctica con el poder. En los términos que se emplean clásicamente para el teatro, estos cien días son la «exposición», comienza inmediatamente el «nudo» y todo ello debe conducir al desenlace.

En el caso de Nixon, el final de la «luna de miel» es inquietante. Su elección presidencial se efectuó por un número de votos muy reducido, y las cámaras tienen mayoría del partido opuesto, el demócrata. Pero es grave también porque no hay una «imagen» real establecida en estos cien días. El rostro político de Nixon es borroso. El eclecticismo, la moderación, la com-

presión de que hizo gala durante su campaña, al ser transportadas al poder se han convertido en indecisiones y en ambigüedades.

Se asegura en Washington que Nixon, tras las importantes derrotas políticas sufridas al principio de esta década como consecuencia de una imagen de sí mismo demasiado guerrera, demasiado directa, demasiado simplista, se hizo psicoanalizar y que su transformación se debe no a un disfraz, no a una apariencia, sino al resultado del psicoanálisis. El psicoanálisis sería un regreso a la inocencia perdida, al celestinesco arreglo de la virginidad. Probablemente sea el primer presidente psicoanalizado de los Estados Unidos, el primer gobernante mundial psicoanalizado. Cabe preguntarse si hay compatibilidad, si el oficio de dirigente en nuestro tiempo, que no es un tiempo ideal, no requerirá una cierta dosis de fanatismo o de neurosis relativa que lleve a la elección inmediata de opciones. Nixon, por el momento, parece en un suave estado de perplejidad en el que todas las opciones le parecen posibles, quiere acudir a todas y, finalmente, no adopta ninguna.

PERPLEJIDAD, Y NO REFLEXION

Los nixonólogos están realmente preocupados. No consi-

guen encontrar líneas de fuerza. El más listo de todos ellos, el viejo liberal Walter Lippman, lo vio venir ya antes de que transcurriese un mes del nuevo poder. Walter Lippman ha sido toda su vida demócrata y sostuvo los más abiertos puntos de vista liberales hasta que, en plena campaña presidencial, decidió pasarse a Nixon, impresionado, sin duda, por el rostro perplejo del candidato Nixon —la perplejidad da a veces la sensación de una reflexión profunda—, y reemprendió su carrera de columnista, que poco antes había abandonado, para ayudarle en su campaña. Probablemente Nixon le debe muchos votos. Cuando el nuevo presidente se sentó en la Casa Blanca y comenzó su período borroso, Walter Lippman encontró una maravillosa explicación: «Como consecuencia de la situación objetiva, la tarea impuesta al presidente Nixon es la de conseguir la deflación de la economía, la reducción de los compromisos políticos, la de rebajar las misiones a las realidades y a la escala humana. El papel del deflacionista no es nunca brillante. ¿Ha habido alguna vez un deflacionista "carismático"? La sobriedad de la mañana siguiente no es tan divertida como la fiesta de la noche anterior. Pero el destino del presidente Nixon es el de ser el presidente de la

mañana siguiente, y lo que nos preguntamos, con respecto a él, es si reconocerá y aceptará este destino o retrocederá ante él, como han hecho sus predecesores en este siglo. La deflación de Nixon deberá comenzar con nuestra política exterior, porque esta política ha sufrido de inflación desde que el presidente Wilson declaró que nuestra intervención en la primera guerra mundial no era solamente la de defendernos a nosotros mismos y a nuestros aliados de la comunidad atlántica de la agresión, sino, más allá de todo ello, hacer que el mundo —el mundo entero— se salvase para la democracia, que nunca había llegado a Asia, Africa, la mayor parte de Europa y la mayor parte de las Américas».

«YA VEREMOS MAS ADELANTE»

Ciertamente, en muchos de sus actos Nixon es un deflacionista. La forma en que ha reducido la crisis del avión derribado por los coreanos del Norte, la participación de Estados Unidos en la conferencia de los cuatro sobre Oriente Medio y la reducción de bombarderos «B-52» sobre el Vietnam, unida a la posibilidad de una retirada unilateral de tropas en la misma zona, son medidas deflacionistas. Su

LOS CIENT DÍAS DE NIXON



¿Quiere saber qué es Crilenka?
¡Póngase dentro!

Sólo poniéndose un cri-jersey o una cri-pren-
da exterior de punto
CRILENKA sabrá usted de
veras cuán comfortable es,
qué suavidad le distingue,
qué luminosidad de colores
le caracteriza. La fibra CRILENKA da cri-
prendas y cri-jerseys cómodos, resistentes, lava-
bles, duraderos, ¡Modernos! Sí. Póngase dentro de CRILENKA...
¡y le admirarán por fuera!



CRILENKA
la fibra acrílica producida
en España por Cyanenka, S. A.

es una creación

Laberlis

L. Junquera
Gijón

idea de negociación en todo, su introducción en el vocabulario político de la idea de «linkage» —conexiones, relaciones, eslabones— con todos los mundos políticos exteriores se encuentran en esa clave dada por Lippman. Pero, al mismo tiempo, muestra las suficientes contradicciones como para dudar de que esa deflación sea alguna vez posible.

Quizá lo más importante de sus «cien días» sea el enfoque que ha dado a la situación en el Vietnam, en el sentido en que se parece enormemente a los primeros pasos que dio el general De Gaulle para sustraer a su país de la guerra de Argelia. Pero, visiblemente, el tratamiento que está dando a los problemas es puramente superficial. La política de calma frente al incidente coreano no es otra que la que ya dio el predecesor Johnson al incidente gemelo del barco «Pueblo», y su decisión de proseguir los vuelos de espionaje añadiéndoles escoltas armadas no es, ni mucho menos, deflacionista, sino inquietante. Mientras tanto, el problema de Corea —el país dividido en dos por la frontera del Paralelo 38, la hostilidad continua en esa frontera artificial, el enfrentamiento de las dos zonas del país— no se enfoca ni se resuelve.

Con respecto a Oriente Medio, las hostilidades crecen por sí mismas de una manera aterradora, mientras se sabe que las conversaciones de los Cuatro son inútiles y no son aceptadas por ninguna de las dos partes. El aplazamiento de las citas políticas para más adelante es una característica de esa administración. Se digiere el incidente coreano, aun siendo una reincidencia, pero se anuncia que si se repite habrá «una respuesta sangrienta», según la propia voz de Nixon. Se acepta la intervención soviética en Checoslovaquia, ¡pero ya verán lo que ocurre si entran en Rumania! Estoy muy lejos de criticar esta moderación, que parece ser una garantía contra la guerra o contra la confrontación directa, pero el sistema de aplazar las citas está lejos de ser positivo. Los problemas no se abordan y se crea un estado de suspensión que es absolutamente morboso. En otra medida, el aplazamiento de decisiones acerca de las bases en España y la multiplicidad de interpretaciones que se han podi-

do dar a la vaguedad de las declaraciones oficiales u oficiosas sobre este tema, pueden constituir un ejemplo de la típica suspensión de ánimo de la administración Nixon.

En ciertos momentos, las contradicciones aparecen en el seno mismo del gobierno de Nixon. El secretario de Estado, Rogers, ante el comité de Relaciones Exteriores del Senado, ha sostenido la necesidad del «linkage» con la Unión Soviética por encima del rearme, mientras el secretario de Defensa ha mantenido la idea inversa, de que primero es necesario sostener la seguridad armada y luego establecer las negociaciones. Ninguno de los dos, es cierto, se ha expresado con suficiente claridad. Pero, ¿qué ha hecho Nixon ante esta disparidad de sus dos ministros? Se ha quedado en medio, se ha quedado en su limbo, en su «ya veremos más adelante», en su «cuando ustedes vean lo que hago se darán cuenta de todo».

¿UNA ENFERMEDAD DE USA?

Pero, esta suspensión, ¿es original de Nixon o es una enfermedad de la política de los Estados Unidos? ¿Qué hubiera podido hacer Humphrey si el puñado de votos que le faltó le hubiera hecho presidente?, ¿qué McCarthy si la maquinaria política no le hubiese colocado al margen?, ¿qué Robert Kennedy si no hubiese sido asesinado? Ninguna de estas preguntas puede tener respuesta válida, de no ser ésta: que el puñado de votos, la maquinaria política o las balas apartan del camino a los políticos demasiado directos, demasiado claros. Como las balas de John Kennedy cambiaron un camino de claridad por un camino de ambigüedad, que fue el de Johnson. Johnson, en sus últimos años, no fue ni más ambiguo ni más suspensivo de lo que es Nixon, pero tampoco lo fue menos. Pero Johnson dio la sensación de que no podía ser de otra manera porque las fuerzas superiores le dominaban, mientras que Nixon está aparentando que ambigüedad y suspensión son voluntarias y reflexivas. Esa calidad de líquido que le permite adaptarse al recipiente que le contiene es probablemente su más sagaz realización de presidente psicoanalizado. ■ E. H. T.